



Algunas consideraciones sobre las *Fábulas* de Iriarte y la Ilustración

Juan J. del Rey Poveda

I.E.S. Nicolás Estévez
Icod (Tenerife)

Tomás de Iriarte era consciente de que “lo que le falta a España son esas clases intermedias, numerosas, activas, ávidas de cultura, que al mismo tiempo están cambiando la fisonomía intelectual de Francia” [1]. Sabedor de esa situación, se pone manos a la obra y crea una literatura en pro de toda clase de reformas ilustradas con un objetivo: sacar a España del marasmo cultural en el que se encontraba en la segunda mitad del siglo XVIII, a pesar de los avances logrados por Feijoo y otros intelectuales. Por otra parte, Iriarte no se conforma con escribir sus fábulas, que son el asunto de este artículo, sino que también se ocupa de traducciones, críticas y, especialmente, del teatro, que tan importante era en la cultura española, pues había una gran afición a las tablas desde el siglo XVII. [2]

Algunas palabras que se repiten con frecuencia en *Fábulas Literarias* [3] pueden darnos la idea que el tinerfeño Tomás de Iriarte tenía sobre la Ilustración en su sentido más amplio, que abarca desde la filosofía hasta la economía, el arte, la literatura, es decir, una manera de vivir en el mundo del siglo XVIII, frente a lo anterior, que podemos englobar en el concepto de Barroco. Iriarte siempre se sitúa en la moderación porque la Ilustración intelectual tuvo muchas dificultades en España debido a “la supervivencia, la permanencia de la filosofía escolástica, a pesar de los progresos de la Ilustración, hasta el final del Antiguo Régimen y aún más allá”. [4]

Por ejemplo, el sustantivo “utilidad” (junto a su variante “provecho”), el adjetivo “útil” (y su antónimo, “inútil”) aparecen a lo largo de sus fábulas, porque responden a una idea muy importante para los ilustrados. No es posible entender la cultura sin estos conceptos: todo responde a “ser útil para algo”, además del deleite. La literatura ilustrada tiene sus pilares en la utilidad, y basta recordar a autores como el que nos ocupa, Feijoo, el P. Isla o Moratín hijo.

En la cuarta fábula aparece un grupo de zánganos que decide “disimular su inútil ocio”. Es un cambio ideológico importante, ya que altera la “naturaleza” de estos seres. Aunque se quede en un mero intento, es importante porque crea otra forma de pensar y representa un primer paso para transformar el mundo del Barroco. Unido a este concepto de “utilidad” aparece en la misma fábula el del “trabajo”, otro de los pilares de la Ilustración. A pesar de que los zánganos no consiguen cambiar su forma de ser, porque “el trabajar les era duro”, la fábula cuarta nos muestra su ideología, basada en la utilidad y el trabajo, base de todo país bien organizado y culto, todo un deseo y una necesidad para la depauperada España dieciochista.

¿Qué ha movido a los zánganos para que intenten cambiar su conducta? ¿Por qué es tan grave este asunto? Al compararse con los otros animales, ellos se dan cuenta clarísimamente de que tienen que actuar como los demás, es decir, deben trabajar. El fallo que tienen es que su “actividad” se reduce a elogiar a una abeja muy laboriosa, pero sin imitarla. Final, pues, sin resultados prácticos. No olvidemos que en el siglo XVIII los Gobiernos ilustrados tratan de propiciar un progreso económico, para poder llevar a cabo todo tipo de reformas. [5]

La fábula novena continúa esta temática del trabajar, mediante un animal laborioso por naturaleza, la hormiga. Ésta no consigue que la pulga se ponga a la faena, por más que lo intenta. La hormiga representa ese tipo de organización eficiente que garantiza la pervivencia de una comunidad. Como en el resto de sus fábulas, está clarísimo el didactismo y la “preocupación por instruir” [6]. De ahí que eligiera este animal y no otro. [7]

Otras fábulas, como la XIV, la XX, la XXXI, la XXXVII, la XLVII, la XLIX y la LXVII abordan este tema del trabajo y la utilidad. La fábula XXXI es interesante por

su defensa apasionada de la necesidad de saber un oficio y que todo lo que se hace sea provechoso. Esto era una forma de pensar revolucionaria en la España del dieciocho, en que predominaba entre la clase noble una cultura de la ociosidad (no trabajar, no aprender).

Por otra parte, ¿qué papel juega el escritor en la Ilustración? ¿Cuál es su forma de actuar? En muchas de sus fábulas el autor de Puerto de la Cruz nos va dando el retrato del escritor que él defiende. Por ejemplo, es importante que la labor creativa necesita su tiempo, y no puede ser una actividad rápida. Este es el asunto de la fábula II. Sin duda, el trabajo literario precisa de bastante tiempo para que el resultado sea de calidad [8]. Por otra parte, la imitación de los sabios es uno de los requisitos para la creación (fábula IV). La figura del sabio aparece constantemente en las fábulas, porque Iriarte le da un valor especial. Ya la primera fábula crea la figura de un sabio, el elefante, quien se da cuenta de que entre los animales “era moda / incurrir en abusos / dignos de gran reforma”. Observemos la fuerza e importancia del sustantivo “reforma”, que es una de las palabras claves para comprender la literatura ilustrada. Una consecuencia inevitable es que los escritores no deben escribir obras frívolas (fábula XXXI), ya que con ellas no se instruye al pueblo. Y, sin instrucción, no se puede reformar a la sociedad. Esto provocará consecuencias en la creación del lenguaje literario, que se verá limitado tanto en sus temas como en su estilo.

Otro aspecto que señala Iriarte como necesario para la literatura es que “en obra destinada / sólo al gusto y diversión, / si no es varia la invención, / todo lo demás es nada” (fábula XX). De lo contrario, desaparecería el deleite y el lector se aburriría. Siempre tenemos que tener presente que para conseguir la instrucción de los lectores, los libros han de ser amenos. Y, por supuesto, todo esto va unido a la calidad del arte, que es lo que debe recibir el gran público, a pesar de que “siempre acostumbra hacer el vulgo necio / de lo bueno y lo malo igual aprecio” (fábula XXVIII). No es justificable que porque la mayoría de los lectores esté acostumbrada a una literatura de mala calidad, ésta se cree para satisfacerle. Esta defensa de la literatura de calidad es muy importante para conseguir las reformas que cambiarían a España en el siglo XVIII. Y revela la importancia que se daba a la creación literaria que, como todo producto, debía estar bien hecha. Este exigencia es un rasgo de modernidad y de progreso, de avance intelectual.

Una cuestión que interesó mucho en el siglo XVIII fue la conveniencia o no de introducir palabras extranjeras en el castellano, cuestión de la que se ocupa la fábula “El retrato de golilla”. Iriarte camina entre dos aguas al tomar la siguiente posición: “De frase extranjera el mal pegadizo / hoy a nuestro idioma gravemente aqueja; / pero habrá quien piense que no habla castizo / si por lo anticuado lo usado no deja”. La influencia de la cultura francesa era tal que nuestro idioma también se llenó de ella y hubo personas que reaccionaron y tomaron posición en el purismo, frente a la moda, que era utilizarlas entre la gente elegante. Rafael Lapesa escribió que “El alud de galicismos suscitó una actitud defensiva que trató de acabar con la corrupción del idioma” [9]. En la fábula “El té y la salvia” Iriarte también trata este asunto desde la perspectiva de la literatura y denuncia que hay “español que tal vez recitaría / quinientos versos de Boileau y el Taso, / puede ser que no sepa todavía / en qué lengua los hizo Garcilaso”. Lo extranjero era un símbolo de distinción para una parte de la gente, y por eso llegaba a menospreciar lo español, al considerarlo de inferior calidad. Se asociaba lo español tradicional con el Barroco tardío.

Tomás de Iriarte se preocupa por algo esencial para todo escritor: el estilo. A lo largo de varias fábulas nos va transmitiendo la idea que él tenía de este asunto. Por ejemplo, su denuncia del estilo retumbante en “El gato, el lagarto y el grillo”, dedicado a los “amantes de hiperbólicas / cláusulas y metáforas diabólicas”. Esta crítica no podía faltar en un momento de renovación del lenguaje literario y, como consecuencia, la superación del Barroco recargado. En otras palabras: “Nunca, en

verdad, estuvo más justificada que en el siglo XVIII la preocupación por el idioma. En los dos primeros tercios del setecientos se prolongaban, envilecidos, los gustos barrocos de la extrema decadencia”. [10]

Como se denuncia el estilo recargado del Barroco, la consecuencia es que sin la claridad falta todo (“El mono y el titeritero”). En una literatura ante todo didáctica este es un requisito imprescindible. Para la denuncia de ese estilo barroco podemos leer la fábula “La rana y el renacuajo”. Para conseguir esta claridad era menester recurrir a los escritores clásicos, tanto españoles como extranjeros.

Por supuesto, lo más importante es la necesidad de reglas para escribir. Este motivo creó una de las fábulas más conocidas: “El burro flautista”. También es el asunto de “El volatín y su maestro”. Con reglas o método (otra palabra que utiliza nuestro escritor) podemos crear un lenguaje literario de calidad.

Para terminar queremos citar las siguientes palabras de “El jardinero y su amo”: “La máxima es trillada, / mas repetirse debe: / si al pleno acierto aspiras, / une la utilidad con el deleite”. Con esta unión, se conseguía uno de los grandes objetivos de la Ilustración.

Notas:

[1] Canavaggio y colaboradores, *Historia de la literatura española. Tomo IV. El siglo XVIII*. Barcelona, Ariel, 1995, pág. 9.

[2] Una de las cosas buenas que se consiguió en la cultura barroca fue que ésta logró que el teatro fuera una de las diversiones populares, gracias a autores como Lope de Vega.

[3] Para todas las citas seguimos a Tomás de Iriarte, *Fábulas literarias*, edición de Ángel L. Prieto de Paula, 2ª edición, Madrid, Cátedra, 1998.

[4] Canavaggio y colaboradores, *op. cit.*, pág. 13.

[5] Véase el libro de Francisco Aguilar Piñal, *La España del Absolutismo Ilustrado*, Madrid, Espasa-Calpe, 2005.

[6] Canavaggio, *op. cit.*, pág. 81.

[7] La tradición fabulística le proporcionaba a Iriarte los materiales que necesitaba. Él elegía lo que era más didáctico.

[8] Recordemos que en el primer tercio del XVIII se construye una literatura postbarroca de muy baja calidad.

[9] R. Lapesa, *Historia de la Lengua Española*, novena edición, Madrid, Gredos, 1984, pág. 427.

[10] R. Lapesa, *op. cit.*, pág. 424.

© Juan J. del Rey Poveda 2005

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

